

Un intelectual comunista en tiempos de Guerra Fría

José Luis Massera, matemático uruguayo

Vania Markarian*

En los años de la temprana Guerra Fría, José Luis Massera (Génova, 1915-Montevideo, 2002) se convirtió, casi simultáneamente, en un matemático de reconocimiento internacional, con varios artículos académicos de gran influencia en su disciplina, y en un dirigente de primer nivel del Partido Comunista del Uruguay (PCU), con abundante producción escrita sobre diversos temas político-ideológicos.¹ Según quienes lo conocieron, Massera parecía mantener estos dos carriles casi como compartimientos estancos. Cuenta el matemático húngaro-estadounidense Paul Halmos que, durante su visita a Montevideo en los tempranos cincuenta, Massera dedicaba un tiempo fijo a la matemática, con toda la concentración que le requería, y otro a la política, sin contaminar unas horas con las preocupaciones de las otras.² En los sesenta, con la radicalización que acompañó la percepción de una crisis sin precedentes en el país, la actividad política fue ganando la jornada. En 1962 fue electo diputado por su partido. Mantuvo la banca hasta 1972. Luego del golpe de Estado de 1973, pasó a ocupar posiciones cada vez más importantes en el PCU en la clandestinidad. Cayó preso en octubre de 1975, al comenzar la embestida represiva contra los comunistas, y recién recuperó la libertad en 1984, reintegrándose de forma plena a la actividad política y contribuyendo también de modo esencial a la reconstrucción de la vida académica tan diezmada por la dictadura.³

Como se desprende de este más que somero repaso de su vida, en muchos momentos Massera puso en primer plano su compromiso político. No lo hizo por acatar un mandato de su partido ni por un cálculo estratégico, dos variables que con frecuencia se consideran al rastrear los itinerarios de intelectuales insertos en estructuras partidarias comunistas. Por provenir de una familia burguesa de Montevideo y por la particularidad de una disciplina

científica que se puede practicar exitosamente en condiciones de relativo aislamiento, el recorrido de un intelectual como Massera en el aparato del PCU no puede asimilarse fácilmente a trayectorias que se suelen tomar como paradigmáticas del “intelectual comunista” en los años cuarenta, cincuenta y sesenta del siglo pasado. En primer lugar, no influyó en su caso la imbricación de campos que hizo que muchas personas con aspiraciones intelectuales encontraran en los espacios culturales cercanos a los partidos comunistas (y en sus redes globales) posibilidades de reconocimiento social, prestigio y público. Me refiero particularmente a intelectuales-escritores, artistas y cultores de formas embrionarias de las disciplinas sociales y humanas, generalmente en posiciones marginales de la vida académica que en estos países ha sido mayormente universitaria. Con diferencias de talentos y oportunidades históricas que hacen difícil establecer un único modelo, estos intelectuales aportaron su presencia prestigiosa a la causa comunista al tiempo que aprovechaban las oportunidades de una red de simpatizantes y potenciales consumidores de sus obras, así como de casas editoriales, encuentros, sistemas honoríficos y otras prerrogativas que la cercanía al campo socialista otorgaba en esas décadas. Así, no fue infrecuente que las exigencias y las reglas de actuación propias de los diferentes campos del conocimiento o la creación fueran subordinadas a directivas más o menos coercitivas que provenían de la Unión Soviética y otros centros de poder comunista (o que rompieran con esos espacios cuando no toleraban las restricciones, discrepaban con ellas y, a la vez, podían encontrar otras salidas para sus carreras y obras).⁴

Hubo, empero, no pocas trayectorias más independientes. Massera, por ejemplo, estudió en Estados Unidos a fines de los años cuarenta, cuando ya era un dirigente importante del PCU, y en las décadas siguientes construyó su reputación académica en sentido estricto al margen de esos canales de prestigio asociados al mundo comunista. Sus redes de contactos profesionales fueron diversas y no estuvieron exclusivamente marcadas por sus adhesiones político-ideológicas. Esto parece confirmar que, efectivamente, la política y la ciencia corrían, para el matemático uru-

* Archivo General de la Universidad de la República, Uruguay.

¹ Agradezco la invitación de Adriana Petra a participar de este número de *Políticas de la Memoria* así como la lectura atenta de María Eugenia Jung y la ayuda de Ernesto Mordecki con las traducciones del ruso y los vínculos académicos de Massera en la Unión Soviética.

² Paul Halmos, *I want to be a Mathematician: An Automotography*, Nueva York, Springer-Verlag, 1985, pp. 187-188.

³ Por reseñas de la vida de Massera ver Vania Markarian (ed.), *Un pensamiento libre: Cartas de José Luis Massera*, Montevideo, Archivo General de la Universidad de la República, 2005, y Roberto Markarian y Ernesto Mordecki (eds.), *José Luis Massera: Ciencia y compromiso social*, Montevideo, Orbe, 2010.

⁴ Por una reseña de estos temas, ver la “Introducción” de Adriana Petra, *Intelectuales comunistas en la Argentina (1945-1963)*, Tesis de Doctorado, Universidad Nacional de la Plata, 2014.



guayo, por carriles separados. Sin embargo, como tratará de probar este texto, lo que vengo describiendo como una compartimentación de esferas de actuación y una prescindencia de sistemas de prestigio extra académicos no puede entenderse como un divorcio entre esas dos facetas de la actuación de Massera. Por el contrario, una serie de alocuciones para diversos fines y públicos muestra su preocupación por poner en diálogo esos dos aspectos y por compatibilizar sus reflexiones con el marxismo-leninismo que, también con sus inflexiones, emanaba de la Unión Soviética. Se puede así reconstruir su pensamiento sobre el desarrollo científico-tecnológico en diferentes sistemas sociales, sobre el papel político de las universidades, sobre la importancia de la investigación y el conocimiento y sobre la parte que les cabía a los intelectuales y a los sectores medios como aliados de la clase obrera en el proceso revolucionario.

La mayor parte de sus reflexiones sobre esos asuntos se encuentran en materiales partidarios y en ellos predomina, al igual que en muchas de sus intervenciones en el parlamento, la jerga ideológica en boga en la época, aunque siempre con un esfuerzo por pensar particularidades locales, empresa e interés que compartió con Rodney Arismendi, secretario general del PCU luego del proceso de renovación que ambos condujeron en los años cincuenta. Otros textos derivan de su participación en diferentes instancias de discusión sobre la actualización de la actividad académica en Uruguay. Están formulados en términos técnicos y refieren a las cuestiones concretas de crear institucionalidad científica en un país (y una región) casi sin tradición al respecto, poniendo a Massera en el grupo reducido de intelectuales que trató de modificar el rumbo y la estructura de la Universidad de la República (Udelar) entre los años cuarenta y el golpe de Estado de 1973. A partir del análisis de unos y otros, trataré de mostrar el esfuerzo de convergencia entre compromiso político y actividad académica en el pensamiento (y la vida) de Massera o, para decirlo más directamente, hasta qué punto realizó una búsqueda consciente por poner en armonía su forma de concebir la práctica científica con su concepción de la historia y el cambio social en términos marxistas clásicos.

Con ese objetivo general, este texto comienza por una presentación de la peripecia vital de Massera, combinando su recorrido partidario con su carrera académica a lo largo de tres décadas. Se pasa luego revista a sus principales aportes doctrinarios sobre el papel social y político de los intelectuales, en el marco de la mencionada renovación del PCU a mediados del siglo pasado. A continuación, se presentan sus opiniones acerca de la realidad universitaria, las políticas científicas y los procesos de construcción académica en Uruguay, tratando de poner sus opiniones sobre algunos asuntos concretos en el marco de ideas más generales sobre los procesos de cambio social que creía inevitables. Para terminar, se trata de realizar un balance que permita caracterizar las particularidades de la trayectoria de Massera y sugerir la diversidad de formas posibles de ser "intelectual" y "comunista" en Uruguay entre los años cuarenta y sesenta del siglo pasado.

Matemático y comunista

Se ha reconocido frecuentemente la precocidad y certeza de la vocación de Massera por las matemáticas en un país entonces prácticamente yermo de tradición científica. Él mismo contó más de una vez sus comienzos solitarios, tratando de aprender en diccionarios y manuales adquiridos en los frecuentes viajes a Europa de su familia los conocimientos básicos de una disciplina que casi no se enseñaba a nivel formal más allá de los niveles más básicos. Su augural encuentro con el grupo de autodidactas que lideraba Rafael Laguardia, sus estudios de ingeniería y los aprendizajes más o menos sistemáticos en el marco de las redes de científicos exiliados en Buenos Aires, como Beppo Levi y Julio Rey Pastor, forman también parte de la historia heroica de los inicios de las ciencias básicas en Uruguay en los años treinta. La exitosa creación del Instituto de Matemática y Estadística en la Facultad de Ingeniería en 1942, también con Laguardia, y la fundación de la Asociación Uruguaya para el Progreso de la Ciencia en 1948, junto a un grupo de destacados científicos de diversas disciplinas, pueden verse ya como una etapa más avanzada del proceso de institucionalización de la ciencia en la región de acuerdo a estándares internacionales.⁵ Esta labor de constructor de instituciones académicas y espacios para la actividad científica lo puso, como dijimos, en la primera línea del conjunto de universitarios que, desde una gran diversidad de motivaciones políticas e intereses sociales, trató de cambiar la estructura de las viejas universidades creadas bajo el modelo francés de las facultades y fortalezadas como formadoras de profesionales liberales y cuadros dirigentes en los diferentes países latinoamericanos.

En 1941, dos años antes de recibirse de ingeniero, pero ya afirmado en su carrera científica, Massera se había afiliado al Partido Comunista del Uruguay. Fue una decisión calibrada junto a su entonces esposa, Carmen Garayalde, como reacción a la derrota de las fuerzas republicanas en España y al avance del nazismo y el fascismo, acontecimientos europeos que tanto repercutieron en la realidad local. Ambos provenían de familias burguesas de cierto refinamiento cultural y encontraron en los espacios de militancia comunista una alternativa al medio social de origen que consideraban opresivo pero que, por las inclinaciones marcadamente liberales y democráticas de sus padres, fue seguramente también propiciatorio de sus derivas a la izquierda.

Massera fue siempre consciente de las dificultades que esta opción podía acarrear para la consagración de su vocación científica. En 1944, apenas inició las gestiones para estudiar en Estados Unidos, donde estaban los matemáticos con quienes quería relacionarse, le aclaró al funcionario de la Fundación Rockefeller que no pensaba, "bajo ninguna circunstancia", abandonar sus "actividades sociales de carácter no científico" porque consideraba "mons-

⁵ Ver Martha Inchausti, "La construcción institucional y la escuela matemática uruguaya (1942-1973)", en R. Markarian y E. Mordecki (eds.), *op. cit.*; ver también María Laura Martínez, "La Asociación Uruguaya para el Progreso de la Ciencia", en *Galileo*, n° 23, Montevideo, mayo de 2001.

truoso” no colaborar “como ciudadano en las luchas democráticas”.⁶ La referencia concreta parecía ser a su condición de Secretario General de la Acción Antinazi de Ayuda a los Pueblos Libres, integrante de la red de organizaciones impulsadas desde la Unión Soviética como parte de su política de alianzas durante la Segunda Guerra Mundial.⁷ Al año siguiente, como también supieron sus financiadores estadounidenses, Massera fue elegido miembro del Comité Nacional del PCU (del que era, además, Secretario de Educación y Propaganda, según remarcó el anuncio de su viaje en *Justicia*, el diario oficial del partido).⁸

Aunque debieron afrontar varias objeciones del Departamento de Estado, los antecedentes políticos de Massera no desanimaron a sus impulsores más directos en la Fundación Rockefeller y en diversos centros académicos, empeñados, como estaban, en detectar a las jóvenes promesas de las matemáticas en América Latina y Europa para hacer de Estados Unidos el centro de difusión de esa disciplina a nivel global.⁹ Entre los restos de las alianzas de la guerra y los estertores de las políticas de buena vecindad, Massera pudo aprovechar, sin renunciar a su fe comunista, esos años de intercambios fructíferos entre lo que pronto fueron los bandos enfrentados de la Guerra Fría. A comienzos de 1947 estudió con los emigrados europeos Gabor Szego, George Pólya y Hans Rademacher en la Universidad de Stanford, para trasladarse luego a las universidades de Nueva York y Princeton, donde mantuvo hasta mediados de 1948 ricos vínculos académicos con los también emigrados Kurt Friedrichs, Emile Artin, Richard Courant, Solomon Lefschetz, Witold Hurewicz y Eberhard Hopf. Como pronto percibieron los mentores y el mentado, fue una etapa fermental de su formación y de lo entonces meditado surgieron sus primeros artículos influyentes sobre “estabilidad de las ecuaciones diferenciales”, rápidamente publicados en importantes revistas estadounidenses como *Annals of Mathematics* y *Duke Mathematical Journal*, y nacieron las líneas de trabajo que desarrolló en los próximos lustros. Por otra parte, Massera se interesó por la política y la sociedad de Estados Unidos y tuvo frecuentes contactos con comunistas y otros izquierdistas de ese país, aunque sin repercusiones que alertaran mayormente a los agentes del FBI que lo vigilaban.¹⁰ Las cartas que con intensa frecuencia enviaba a su esposa Carmen están llenas de observaciones agudas sobre la sociedad de masas y las dificultades del pensamiento crítico y la acción opositora en una de las potencias ganadoras de la guerra.¹¹

En los años posteriores a su estadía en el norte, el uruguayo tuvo

el interesante papel de seguir vinculando a quienes hacían matemática en ambos bloques de la Guerra Fría. Era conocido y respetado por los científicos de Estados Unidos, donde había estudiado, y también por los de la Unión Soviética, donde tenía la confianza política de ciertos cuadros dirigentes, además de manejar con fluidez el inglés y entender el ruso, entre otros varios idiomas. Por esos atributos y méritos harto infrecuentes fue convocado repetidamente a realizar reseñas y evaluaciones de trabajos de diversos autores del campo socialista en revistas estadounidenses (sus editores lo consideraban “el más competente fuera de la URSS” en ciertos temas¹²), tuvo la oportunidad de que aparecieran algunos de sus más importantes resultados en publicaciones soviéticas y viajó a conferencias y encuentros científicos en el campo socialista.¹³ Como vemos, sus colaboraciones con las comunidades académicas de esos países fueron frecuentes pero no definitorias en su carrera, a pesar de que existían en la Unión Soviética firmes continuadores de la “escuela rusa”, origen de sus preocupaciones matemáticas centrales. Muchos años después, él mismo contó que en un viaje a Moscú por sus “actividades político-sociales” sus colegas rusos se declararon sorprendidos por haber visto, en *Annals of Mathematics*, “resuelto el problema inverso del método de Liapunov, que varios de ellos habían tratado infructuosamente de resolver durante años, y que estaba firmado por un matemático de Montevideo.”¹⁴

A su vuelta al sur, Massera se propuso también promover el desarrollo de su disciplina a nivel regional, con frecuentes colaboraciones con colegas de Argentina y Brasil, fundamentalmente, y afianzar los lazos de la incipiente escuela matemática uruguayana con sus pares del mundo. Aunque los medios eran escasos, las primeras generaciones de matemáticos viajaron en esos años a congresos y seminarios y realizaron estudios en diferentes centros académicos internacionales, donde muchas veces la fama Massera era la clave para abrir puertas. Al mismo tiempo, Montevideo logró convertirse en un polo de atracción para estudiosos de diversas procedencias que buscaban contribuir a la difusión de sus ramas de especialización y solían apoyarse en los subsidios de varios organismos internacionales dedicados a fortalecer esas redes.¹⁵

En esos mismos años en que forjó su reconocimiento internacional, el matemático fue protagonista de la renovación de su partido. El historiador Gerardo Leibner ha analizado los motivos de un proceso de cambio profundo en la dirección y muchas de las

⁶ Carta de J. L. Massera a Harry M. Miller, Montevideo, 15 de junio de 1944, Archivo General de la Universidad de la República (AGU), Archivo Massera, Caja 5.

⁷ Sobre este tema ver Mauricio Bruno y Nicolás Duffau, “José Luis Massera y su militancia social (1940-1973)”, en Markarian y Mordecki (eds.), *op. cit.*

⁸ Ver recorte sin fecha del diario *Justicia*, AGU, Archivo Massera, Caja 26.

⁹ Ver Michael J. Barany, “Fellow Travellers and Travelling Fellows: Politics, Peripatetics, and Modern Mathematics in Mid-century Latin America”, inédito, consultado por gentileza del autor en 2014.

¹⁰ Hay abundantes referencias a la vigilancia del FBI en las cartas de y a J. L. Massera, H. M. Miller, Gabor Szego y otros en AGU, Archivo Massera, Caja 5; algunas de ellas fueron publicadas en V. Markarian (ed.), *op. cit.*

¹¹ Ver cartas entre J. L. Massera y C. Garayalde en AGU, Archivo Massera, Caja 26.

¹² Carta de Solomon Lefschetz a J. L. Massera, Nueva Jersey, 14 de febrero de 1949, AGU, Archivo Laguardia, Caja 7.

¹³ Por publicaciones y asistencia a eventos en la Unión Soviética ver, por ejemplo, cartas entre J. L. Massera, M. A. Aizerman y B. N. Naumov, entre otros, en AGU, Archivo Laguardia, Caja 7; su libro con J. G. Schaeffer sobre ecuaciones diferenciales apareció en Moscú en 1970, traducido al ruso por la editorial Mir (por cita completa de la edición original en inglés ver Nota 25 de este trabajo).

¹⁴ Conferencia de Massera al recibir el Premio México de Ciencia y Tecnología otorgado por el gobierno de ese país, Ciudad de México, 6 de marzo de 1998, disponible en <http://www.cmat.edu.uy/~mordecki/massera/de/academica-politica.html>. La referencia es al trabajo de Massera sobre las funciones planteadas por el matemático ruso Aleksandr Liapunov a fines del siglo XIX.

¹⁵ Por estas redes y vínculos ver Inchausti, *op. cit.*, y Barany, *op. cit.*



orientaciones del PCU a partir de 1955, un año antes de que el “deshielo” soviético llevara a muchos otros partidos comunistas del mundo a replantearse sus formas de actuación. En el caso uruguayo, se trató fundamentalmente de una crítica de base “moral”, como ha dicho Leibner, a las modalidades sectarias y extremadamente autoritarias del período anterior, llevadas adelante por parte de la misma cúpula partidaria que Massera integraba. De todos modos, no queda duda de que su papel, junto al del nuevo Secretario General, Rodney Arismendi (que también era miembro de la vieja dirigencia), fue clave no sólo para poner fin a ciertas prácticas sino también para reorientar políticamente a los comunistas uruguayos en un ambiente internacional ahora más favorable a esos procesos de renovación. Gracias al viraje de 1955, el PCU demostró en las décadas siguientes un importante grado de autonomía y creatividad que, sin apartarlo de la órbita soviética y sus lineamientos ideológicos, lo convirtieron en una fuerza política mucho más gravitante que la mayoría de sus pares de la región en la misma etapa.¹⁶

Gran parte de esta capacidad de iniciativa y adaptación del PCU tuvo que ver con la labor de Arismendi y Massera en el plano doctrinario y sus esfuerzos por promover una nueva actitud hacia los intelectuales como parte de una amplia política de alianzas, luego de un período de marcada desconfianza que abrevaba en las políticas soviéticas del período estalinista y las purgas conducidas bajo las directivas de Andréi Zhdánov. La tarea oficial de Massera, como en la etapa anterior, era dirigir lo que en el partido se llamaba “lucha por la paz”, central para la política exterior soviética de “coexistencia pacífica” entre países de diferentes sistemas sociales. En los hechos, dice Leibner, Massera se ocupaba de ese frente de acción, que era vía de acercamiento a sectores de profesionales de clases media y alta, al tiempo que reflexionaba sobre el posible papel de esos grupos como aliados de la clase obrera en la lucha revolucionaria, su relación con los temas generales del desarrollo científico-tecnológico y la gravitación política de las instituciones del conocimiento en diversas sociedades.¹⁷

El grueso de la reflexión de Massera sobre estos temas apareció en materiales partidarios como *Estudios*, la revista teórica fundada en 1956 como parte de la reformulación del PCU. Esos escritos revelan claramente su protagonismo en la revalorización de los intelectuales en la nueva etapa, derivado en alguna medida de modo natural de su prestigio científico y destacada inserción académica. Sus primeras formulaciones al respecto señalaban a la “intelectualidad avanzada” como la “vanguardia de la pequeña burguesía” y, por ende, “el aliado más importante del proletariado” luego de los campesinos. Apartándose en seguida del mecanicismo extremo tan extendido en el campo comunista, asignaba a los intelectuales la necesaria tarea de crear “una nueva cultura” que pudiera convertirse en “un arma fundamental de la revo-

lución política”.¹⁸ En este sentido, Massera alertaba sobre el peligro simultáneo de las “ideas proletarizantes” que derivaban en el “menosprecio del papel de los intelectuales” y de las “concepciones intelectualizantes” que resultaban en un “paternalismo intelectual sobre los trabajadores”.¹⁹ A partir de ese primer deslinde, logró articular una reflexión que iba más allá de la afirmación dogmática de la importancia política de los intelectuales para destacar su especificidad en los procesos de cambio social. Con conocimiento de causa, no dudaba en afirmar que la “creación intelectual es el primer deber de los camaradas intelectuales”.²⁰

La preocupación por el papel específico de ese sector se manifestó primero que nada en la interna del PCU donde cinco años después de la fundación de *Estudios* se creó el Centro de Estudios Sociales, un ámbito que, bajo la dirección de Massera, promovió el análisis y el debate de diversos temas de la realidad nacional. Estas herramientas buscaban extender entre los militantes comunistas la capacidad de polemizar con los grupos que empezaban a disputar desde la izquierda con su poder de convocatoria. En la misma línea, Massera planteó y supervisó entonces los cursos de diferentes niveles por los que pasaron miles de los viejos y nuevos miembros del partido en una etapa de gran crecimiento cuantitativo. Como apunta Leibner, el matemático encontró en esa labor de formación ideológica “el perfecto lugar de confluencia entre su vocación teórico-científica, su inquietud política y su espíritu docente”.²¹ La insistencia en “vincular a la vida” la teoría marxista-leninista y en que los alumnos pensarán “con la propia cabeza” muestra, precisamente, la veta docente. Se trataba, repetía, de “perder el miedo al estudio” y de lograr “que cada afiliado se sienta incómodo si no ha dedicado en la semana aunque sea un par de horas al estudio”, tratando de combatir de ese modo la falta de posibilidades de los sectores populares, propia del sistema de dominación capitalista aun en un país, como Uruguay, con altos porcentajes de alfabetización y acceso a la educación formal.²² Para Massera, como ha observado Álvaro Rico, la lucha ideológica era una “práctica social conciente”, constitutiva de los llamados “factores objetivos” del cambio revolucionario. Por tanto, sus inquietudes en ese plano tenían una finalidad “más política que teórica”, la de “contribuir a la difusión de las ideas marxistas-leninistas, al desarrollo de la teoría de la revolución y a la construcción de la fuerza social de la misma”.²³

Es muy posible que la naturalidad con que llevaba adelante esas complejas actividades y los referidos niveles de exigencia que plan-

¹⁶ Ver Gerardo Leibner, *Camaradas y compañeros: Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*, Montevideo, Trilce, 2011 y “José Luis Massera y la reconstrucción del Partido Comunista del Uruguay (1955-1973)”, en Mordecki y Markarian (eds.), *op. cit.*

¹⁷ Ver Leibner, “José Luis Massera y la reconstrucción del Partido Comunista del Uruguay (1955-1973)”, *op. cit.*

¹⁸ J. L. Massera, “El papel de los intelectuales en la lucha revolucionaria”, en *Justicia*, Montevideo, 2 de setiembre de 1955, citado en *Ibid.*, p. 133.

¹⁹ J. L. Massera, “En torno a los problemas de la instrucción pública, la cultura y la ciencia”, en *Estudios* 13, Montevideo, mayo de 1962, pp. 132-142.

²⁰ J. L. Massera, “El papel de los intelectuales en la lucha revolucionaria”, en *Justicia*, Montevideo, 2 de setiembre de 1955, citado en Leibner, “José Luis Massera y la reconstrucción del Partido Comunista del Uruguay (1955-1973)”, *op. cit.*, p. 134.

²¹ G. Leibner, “José Luis Massera y la reconstrucción del Partido Comunista del Uruguay (1955-1973)”, *op. cit.*, p. 146.

²² J. L. Massera, *La educación ideológica de los comunistas*, Montevideo, Editorial del PCU, 1961, citado en *Ibid.*, pp. 150-151.

²³ Álvaro Rico, “José Luis Massera y las ciencias sociales: Los desarrollos de la reflexión política marxista en los trabajos teóricos de José Luis Massera”, en Mordecki y Markarian (eds.), *op. cit.*, p. 294.

teaba en las tareas de formación pusieran de relieve la distancia cultural y educativa que lo separaba de grueso de los militantes e incluso de los dirigentes del PCU. En los hechos, es claro que el ascendiente intelectual e ideológico de Massera era funcional a la estrategia de un partido que no dudaba en afirmar la necesidad de “elevar a las masas” para que estuvieran “a la altura” de las luchas políticas y de los grandes cambios que se creían inminentes. A partir de esas y otras iniciativas de educación política, como ciclos de radio y su posterior **Manual para entender quién vacía el sobre de la quincena** (1973), “el ingeniero”, como muchos le decían, se reveló como “un verdadero sabio”, para usar palabras de Arismendi que evidencian, precisamente, ese proceso de consolidación del prestigio intelectual en los ámbitos partidarios.²⁴

Sobre la universidad, la ciencia y el trabajo intelectual

En los años sesenta, Massera siguió acrecentando su prestigio científico (su libro matemático más importante, **Linear Differential Equations and Function Spaces**, en coautoría con Juan Jorge Schaffer, fue publicado en 1966²⁵) y fortaleciendo su compromiso político (asumió la banca de diputado primero en 1963 y nuevamente 1967). Al afianzarse como una figura que trascendía tanto los espacios académicos como los ambientes partidarios, se fue convirtiendo en una autoridad en todo lo relativo a la educación y la cultura para amplios sectores de izquierda y los movimientos sociales. Su opinión sobre cualquiera de esos asuntos solía ser citada como referencia legitimante, aunque no indiscutida, en una época en que esos temas se volvieron centrales para quienes trataban de organizarse y disputar posiciones de poder en un clima de creciente polarización. Massera, por su parte, fue activo en el planteamiento de los problemas del sistema educativo en el parlamento y no dudaba en opinar públicamente sobre diversos asuntos que parecían relativamente alejados de sus intereses inmediatos pero de alguna manera caían en la órbita de sus preocupaciones. Así, por ejemplo, presentó un trabajo en un evento sobre Machiavelo celebrado en la Facultad de Humanidades y Ciencias en 1969 y un año más tarde envió sus opiniones sobre didáctica de la geometría a **Revista de la Educación del Pueblo**, editada por educadores cercanos al PCU, por citar un par de ejemplos.²⁶

Como vemos, aunque en esos años Massera fue renunciando a sus principales posiciones académicas en aras de una dedicación más completa a la acción política y parlamentaria, sus vínculos con la comunidad educativa y especialmente con la Universidad de la República no se cortaron totalmente. Mantuvo el dictado de algunos cursos en la Facultad de Ingeniería y siguió colaborando con ciertos espacios de discusión y comisiones de trabajo. Además, recibió en 1967 el título de “profesor emérito” de la Facultad de

Humanidades y Ciencias en reconocimiento a sus múltiples aportes a esa institución. En esa ocasión, diputados de todas las tiendas lo alabaron por sus méritos científicos, mientras Luis Pedro Bonavita, representante de la coalición que integraba el PCU, expresó con claridad la concepción que argumentaba la singularidad y hasta la superioridad de quienes se dedicaban a tareas intelectuales y los encomiaba doblemente por su entrega militante:

Massera, si no fuera quien es, podría él también permanecer más allá, en la cumbre de la ciencia, en una especie de torre de marfil o de castillo consagrado pura y exclusivamente a su disciplina, alejado de la sociedad y del pueblo, en medio del cual vive. Sin embargo, Massera desciende desde allá, se funde en el pueblo que integra, convive con sus afanes, participa de sus esperanzas, se solidariza con sus dolores. Es un hombre cabal, y un hombre cabal es un revolucionario.²⁷

Massera, de quien podría decirse que era modesto en lo personal, no dudaba en confesar “¡cuán discutido y discutible es... mucho de lo que propiamente se puede llamar ciencia!”. En reiteradas ocasiones declaró su oposición a las concepciones que, quizás inadvertidamente, separaban el “quehacer teórico” de “la vida” y se manifestó partidario de “la enseñanza de ideas abstractas vinculándola a experiencias vitales” (defendiendo las “virtudes” de una “enseñanza propiamente politécnica”).²⁸ En un sentido similar, expresó su “profunda solidaridad con la clara comprensión de que no se puede pretender reeditar para la ciencia la manida concepción de la torre de marfil que muchos sostienen en la literatura y el arte”.²⁹ Pero nada de esto implicaba dudar de la “importancia de la ciencia” y la “necesidad de desarrollar la investigación” y siempre reclamó mejores ingresos tanto para los “hombres de ciencia” (fue un decidido promotor del régimen de “dedicación total” que la Udelar comenzó a implementar recién a fines de los años cincuenta) como para los “escritores, pintores, músicos, gente de teatro, etc.” de modo que la “vida de las masas populares” fuera “más hermosa y feliz”.³⁰

La centralidad de estas preocupaciones y de su propio compromiso con la actividad intelectual quedaron patentes en su referida decisión de “no cortar enteramente todos los lazos con la vida universitaria” aun cuando su militancia le empezó a exigir una dedicación casi exclusiva.³¹ En diferentes etapas de su vida defendió la importancia de las tareas que realizaban los “camaradas intelectuales”, a quienes llamaba también “trabajadores de la cultura” para conciliar, el menos simbólicamente, como dice Leibner, “su existencia como sector particularizado de no obreros al interior del partido del proletariado”.³²

²⁴ Ver Leibner, “José Luis Massera y la reconstrucción del Partido Comunista del Uruguay (1955-1973)”, *op. cit.*, pp. 152-3.

²⁵ J. L. Massera y Juan Jorge Schaffer, **Linear Differential Equations and Function Spaces**, Nueva York y Londres, Academic Press, 1966.

²⁶ Ver J. L. Massera, “A propósito de las dos geometrías”, en **Revista de la Educación del Pueblo** 10, Montevideo, 1970.

²⁷ **Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes**, Tomo 580, 17 de mayo de 1967, pp. 304-305, citado en M. Bruno y N. Duffau, *op. cit.*, p. 190.

²⁸ J. L. Massera, “A propósito de las dos geometrías”, *op. cit.*, p. 78.

²⁹ “El título de Profesor Emérito le fue conferido ayer al Ing. J. L. Massera”, **El Popular**, 17 de mayo de 1967, p. 5, citado en M. Bruno y N. Duffau, *op. cit.*, p. 190.

³⁰ J. L. Massera, “El partido de la cultura”, **El Popular**, 9 de octubre de 1958, p. 3, citado en Bruno y Duffau, *op. cit.*, p. 167.

³¹ Carta a de J. L. Massera a H. A. Antosiewicz, Montevideo, 9 de setiembre de 1962, AGU, Archivo Massera, Caja 5; publicada en Markarian (ed.), *op. cit.*, pp. 42-43.

³² Leibner, “José Luis Massera y la reconstrucción del Partido Comunista del Uruguay (1955-1973)”, *op. cit.*, p. 134.



No es difícil advertir hasta qué punto esas posiciones chocaban con quienes repetían sin demasiadas prevenciones la consigna de Fidel Castro de que “el deber de todo revolucionario es hacer la revolución”, reafirmando la caracterización de “reformistas” que los grupos más radicales asignaban entonces a los comunistas (en alusión a las escisiones entre “revolucionarios” y “socialdemócratas” en Alemania a comienzos del siglo que todavía resultaban relevantes en las discusiones de la izquierda). Claudia Gilman ha descrito un paradójico “anti-intelectualismo” militante de muchos intelectuales latinoamericanos (fundamentalmente escritores) que se radicalizaron hacia posiciones de acción directa y lucha armada en esos años, abandonando en el camino toda actividad que no fuera estrictamente política o subsumiendo todo proceso creativo a las demandas de la “lucha revolucionaria”.³³

Aunque el PCU, a diferencia de algunos de sus pares latinoamericanos, no rechazó nunca dogmáticamente el recurso de la violencia (y Massera fue muchas veces el encargado de explicitar estos matices), es claro que, por tratarse de una gran organización de masas, la enorme mayoría de sus militantes y cuadros se mantuvo siempre integrada a sus ámbitos de origen y socialización. En el caso de los llamados “trabajadores de la cultura” esto fue especialmente importante porque se los consideraba claves en el proceso de “acumulación de fuerzas” que los comunistas señalaban como tarea esencial del curso revolucionario. En palabras de Massera, la integración de las “fuerzas de la cultura” a las “fuerzas motrices de la revolución” era “una tarea revolucionaria de nivel estratégico”.³⁴ Pero no se trataba sólo de reclutar adherentes en los campos de la educación y la cultura: era necesario, como ya había planteado a mediados de los cincuenta en la nueva línea partidaria, forjar “un frente muy amplio... de fuerzas de estudiantes, educadores, universitarios, científicos e intelectuales, que se enlace a la acción de las masas trabajadoras que combaten por un cambio progresista en la vida del país” para defender “la cultura, la Universidad y la enseñanza pública” (perspectiva que se fortaleció ante las movilizaciones estudiantiles de 1968).³⁵

Para Massera (como para Arismendi) estos temas eran centrales para entender de “modo científico”, como gustaban afirmar en sintonía con el marxismo-leninismo de esos años, el carácter revolucionario de la época histórica del “tránsito del capitalismo al socialismo”. Les dedicaron, por tanto, cientos de páginas y decenas de discursos e intervenciones públicas en las que la referencia teórica preferida era, por supuesto, Lenin. Massera se abocó especialmente a reflexionar sobre la universidad como institución del conocimiento y su papel en los conflictos sociales contemporáneos, así como sobre la participación de los universitarios en el proceso revolucionario, fundamentalmente en la lucha ideológica. Como ha analizado Álvaro Rico, Massera se mantenía en los parámetros del marxismo-leninismo clásico al concebir a la uni-

versidad como “parte de una determinada superestructura definida por las relaciones de producción capitalistas” y asignarle, por ende, la “función ideológico-cultural principal” de “formar los cuadros y especialistas de las clases dominantes para la reproducción de esa formación económico-social capitalista”. Al mismo tiempo, reconocía que la institución, atravesada por las contradicciones de la lucha de clases, debía dar respuesta a las demandas e innovaciones provenientes de la “expansión de las fuerzas productivas frenadas por las caducas relaciones de producción”.³⁶

El análisis recién entraba en un terreno algo menos ortodoxo al señalar que los factores estructurales no eran suficientes para explicar el papel social y político de la universidad dado que, “particularmente en épocas de aguda crisis como la actual”, ciertos factores objetivos y subjetivos propios de la institución podían “abrir brechas en esa ideología dominante y, concretamente, aumentar la influencia del Materialismo Dialéctico e Histórico del Marxismo Leninismo”.³⁷ Esta posibilidad derivaba de la “radicalización de las capas medias”, cuyo peso era decisivo en “las formas en que la Universidad vive intensamente el reflejo de las profundas conmociones sociales de nuestro tiempo” (esta línea de pensamiento sirvió también para explicar la eclosión de movilización estudiantil en 1968 en respuesta a quienes la señalaban como motor del inminente cambio revolucionario).³⁸ Aparece aquí algún matiz en las relaciones de determinación directa entre estructura y superestructura, al privilegiarse la importancia de los factores políticos y propiamente culturales tanto en los procesos de concientización de las “capas medias” como en la acción de la universidad como productora de nuevos conocimientos que ponían en cuestión los valores propios de la ideología dominante. Para Massera, se trataba de rasgos acentuados en los países dependientes “donde la aplicación de la ciencia a la producción... es apenas un pálido reflejo de una tecnología, no siempre al día, de los países industrializados”, lo cual generaba renovadas tensiones en los sectores encargados de la producción de conocimiento.³⁹ En este aspecto, como también ha señalado Rico, se trataba de contribuir a entender el papel de la ciencia en las sociedades contemporáneas combatiendo simultáneamente en dos frentes: contra las teorías revisionistas de derecha (“renovación del capitalismo”, “tecnocratismo” y “convergencia de los dos sistemas”) y contra las “anárquico-marcusianas” que atacaban “el gigantesco mecanismo social que el capitalismo ha contribuido a crear”.⁴⁰

El pensamiento de Massera sobre estos temas, quizás no demasiado renovador en el plano teórico, tuvo, sin embargo, un gran impacto político en la definición de la línea de acción de los comunistas en la Universidad de la República, donde adquirieron, desde comienzos de los sesenta, un peso relativamente importante

³³ Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil: Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

³⁴ J. L. Massera, *Ciencia, educación y revolución*, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1970, pp. 66-67.

³⁵ J. L. Massera, “En torno a los problemas de la instrucción pública, la cultura y la ciencia”, *op. cit.*, 139.

³⁶ Á. Rico, *op. cit.*, p. 299.

³⁷ J. L. Massera, *Ciencia, educación y revolución*, *op. cit.*, p. 97.

³⁸ J. L. Massera, “La Universidad y la Revolución”, en *Estudios*, n° 54, Montevideo, enero-febrero de 1970, p. 14. Sobre las posiciones de Massera y Arismendi sobre el movimiento estudiantil de 1968, ver V. Markarian, *EL 68 uruguayo: El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2012.

³⁹ J. L. Massera, *Ciencia, educación y revolución*, *op. cit.*, p. 97.

⁴⁰ Á. Rico, *op. cit.*, p. 296.

en los gremios y en los órganos de cogobierno (en gran parte sostenido en figuras prestigiantes en lo científico como el propio Massera). Más allá de las posibles restricciones ideológicas de su encare, es claro que su conocimiento profundo de la vida académica le permitió a Massera articular una reflexión estratégica sobre las características únicas de la Universidad en los conflictos sociales del capitalismo dependiente uruguayo. La principal consecuencia en términos de política universitaria fue el apoyo a ciertos procesos de reforma para “asegurar las mejores condiciones para desenvolver el ser-político, no simplemente el ser-técnico” de la institución sin por eso postergar los avances en materia científica y la modificación de las estructuras académicas y los planes de estudio.⁴¹ A cuenta de una investigación más profunda, no parece arriesgado afirmar que muchos universitarios comunistas, liderados por Massera, se convirtieron así en interlocutores válidos y generalmente respetados del conjunto de intelectuales que entre los años cincuenta y setenta del siglo pasado se preocupaban por actualizar la vida académica de la Udelar, única institución de educación superior del país en ese entonces.

La caracterización más extendida de este grupo de universitarios alude a su defensa de los principios contenidos en la Ley Orgánica de 1958, principalmente la autonomía y el cogobierno. Sin embargo, es importante recordar que sus preocupaciones estuvieron fundamentalmente centradas en la estructura académica y los fines de la institución. De hecho, los principios generales consagrados en 1958 eran el resumen de las luchas de la etapa anterior y fueron el punto de partida para pensar los problemas de fondo de la educación superior en el país en las décadas siguientes. El propio Massera defendió la ley de 1958 como un paso hacia una “enseñanza universitaria ligada a nuestro pueblo” y “orientada a servir en el progreso de nuestro país” mediante el “estudio de los problemas nacionales”.⁴² Casi una década antes, a poco de volver de su viaje de estudios a Estados Unidos, había reflexionado sobre estos asuntos, que hacían al meollo de la autonomía de las instituciones educativas, al lamentar la posición de sus colegas de ese país, muchas veces “obligados o fuertemente presionados a dedicarse a investigaciones que directa o indirectamente tienden al perfeccionamiento de las armas de destrucción”.⁴³ Como dijimos, más allá de énfasis y matices, estas posiciones sobre los objetivos y funciones de la Udelar lo fueron acercando a otros académicos de muy diversas posiciones políticas, orígenes ideológicos e intereses científicos, especialmente en la Facultad de Ingeniería.

Massera se involucró tempranamente en el combate contra la orientación “profesionalista” que predominó hasta los años sesenta en esa facultad, como en casi todo el resto de la Udelar, gracias a la influencia de un grupo de ingenieros-empresarios que promovía la formación y el ejercicio profesional con fines pura-

mente económicos y en respuesta a las demandas del mercado. En contra de esa tendencia dominante se fue conformando otro bloque donde confluyeron, ya en los años cuarenta, Massera y Laguardia, matemáticos de extracción izquierdista, con ingenieros como Óscar Maggiolo y Julio Ricaldoni, provenientes de los sectores progresistas del Partido Colorado, quienes defendían una formación científica que reuniese la creación de conocimiento original con la evaluación de su pertinencia social en sentido amplio. Los enfrentamientos se fueron volviendo tan agudos que derivaron en la inoperancia de la dirección de la facultad y determinaron su intervención por parte de los organismos centrales en 1966. A partir de entonces se afianzó el sector que antes fuera opositor, unido por posiciones comunes sobre varios asuntos de intensa discusión en esas décadas como la creación de institutos tecnológicos extra universitarios, la financiación externa de proyectos de investigación, las relaciones entre industria nacional y producción científica, los vínculos entre Estado y Universidad, y el papel de las ciencias básicas en la formación profesional, por mencionar algunos de los más importantes.⁴⁴ De hecho, esas coincidencias habían posibilitado primero la fundación del Instituto de Matemática y Estadística en Ingeniería y luego la creación de la Asociación Uruguaya para el Progreso de la Ciencia, desde donde Massera, Laguardia, Maggiolo y Ricaldoni, junto a otros científicos como Clemente Estable, Rodolfo Tálce y Félix Cernuschi, entre muchos, impulsaron una ambiciosa agenda de trabajo para el desarrollo de la ciencia en el país.

Este tipo de encuentros entre personas diferentes en sus ideas e intereses fueron claves para que accedieran al gobierno universitario los académicos que buscaban, como dijimos, reorientar a la institución y ponerla al día con las formas de producción de conocimiento a nivel global sin descuidar por eso su compromiso con los problemas nacionales. Ni la elección de Maggiolo como rector de la Udelar en 1966 ni la de Ricaldoni como decano de Ingeniería en 1969 pueden entenderse sin esas articulaciones y acumulaciones que tuvieron a los universitarios comunistas, muchas veces representados en Massera, como destacados protagonistas. En términos de formulación de alternativas, la culminación de esos procesos, plagados de debates y contradicciones internas que todavía no se han estudiado en profundidad, fue seguramente el llamado “Plan Maggiolo” que la Udelar presentara como documento de su pedido presupuestal en 1967 y que era, en realidad, el más ambicioso plan de reforma estructural de la institución hasta el momento. Es posible afirmar, entonces, que los casi diez años que habían transcurrido desde la aprobación de la nueva Ley Orgánica fueron los de florecimiento en la Universidad de un pensamiento que podemos llamar “reformista”, por las referencias de sus portavoces a los principios emanados de Córdoba en 1918, fundamentalmente orientado a la reestructura académica general de la casa de estudios pero con el análisis de la problemática nacional, en sentido amplio, como horizonte y guía. El

⁴¹ J. L. Massera, “La Universidad y la Revolución”, *op. cit.*, p. 89.

⁴² J. L. Massera, “El partido de la cultura”, *op. cit.*

⁴³ J. L. Massera, “Las ciencias exactas en la URSS”, en Instituto Cultural Uruguayo-Soviético, *Uruguay y la URSS*, Montevideo, ICUS, 1949, p. 23, citado en Bruno y Duffau, *op. cit.*, p. 165.

⁴⁴ Sobre estos temas ver V. Markarian (ed.), *Don Julio: Documentos del Archivo Ricaldoni*, Montevideo, Archivo General de la Universidad de la República, 2007, y M. Inchausti (ed.), *Una vida dedicada a la matemática: Documentos del Archivo Laguardia*, Montevideo, Archivo General de la Universidad de la República, 2007.



lustro siguiente, entre las combativas movilizaciones de 1968 y el golpe de Estado de 1973, fue dominado por la necesidad de defender a la institución de los continuos ataques del poder político y en esas batallas se fueron perdiendo casi todas las preocupaciones por lo específicamente académico.⁴⁵

Como dijimos, en esa década Massera tuvo participación destacada en varios acontecimientos claves que mostraron su voluntad de sumarse a la transformación universitaria. Aunque no integró los principales ámbitos del cogobierno (fue claustrista de Humanidades pero no miembro de los consejos de las facultades ni del Consejo Directivo Central), su opinión fue requerida en diversas instancias de debate sobre el rumbo de la Udelar y realizó importantes aportes al proceso de afianzamiento de la institucionalidad científica en el país. En esos ámbitos, su defensa del cogobierno, de la completa autonomía del poder político y de la acción social de la Universidad no fue nunca en detrimento de su estricta valoración de la calidad académica, del esfuerzo por cumplir con los estándares ya globalizados, fundamentalmente en las ciencias básicas, y de la insistencia en la necesidad de crear una institucionalidad que garantizara el cultivo exigente de las diferentes disciplinas. En los años sesenta, estos posicionamientos lo alejaron de quienes, dentro de izquierda, pensaban a la Universidad básicamente como un campo de reclutamiento de sectores radicalizados, en detrimento muchas veces hasta de su marco normativo (otra dimensión de la despreciada “legalidad burguesa”) y lo acercaron a quienes la veían un espacio de lucha específico, con sus lógicas y necesidades no reductibles a la política (en el plano de las anécdotas, esto puede ejemplificarse en las reiteradas referencias a Massera como duro evaluador de sus “camaradas” y acérrimo defensor de la calidad académica de personas que no eran de izquierda).⁴⁶ En este segundo grupo figuraban de modo prominente los comunistas, algunos grupos de izquierdistas independientes y personas provenientes de los partidos tradicionales (como Maggiolo y Ricaldoni) que, en su mayor parte, terminaron adhiriendo a la coalición de izquierda Frente Amplio en 1971. Desde el parlamento, Massera se convirtió en un eficaz portavoz de ese grupo al plantear las necesidades presupuestales de la Udelar y defenderla de los ataques del gobierno y otros actores políticos que a veces lo tocaron personalmente.

Sin embargo, esta división de aguas no alcanza para entender los comportamientos de ese conjunto de intelectuales que, a pesar de sus grandes áreas de coincidencia, tuvo también divergencias relativas a la problemática específica de la actividad académica.

Una línea clara de escisión puede rastrearse hasta la fundación de la Facultad de Humanidades y Ciencias (FHC) en 1945, como primer intento de romper con la orientación profesionalista de la Udelar. Aunque tanto Massera como Laguardia y otros científicos colaboraron a su desarrollo con el dictado de cursos y otras tareas, fueron también fuertemente críticos de la libertad de estudios y de la falta de definición acerca de la inserción laboral de los egresados, marcas de esa facultad de la mano de su primer decano el filósofo Carlos Vaz Ferreira. A fines de los años cincuenta, en respuesta a reclamos de los estudiantes, Massera expresó su opinión sobre el caso específico de la formación matemática en ese ámbito. Señaló, en primer lugar, la necesidad de coordinar con el instituto de formación docente creado paralelamente a (y en gran medida en abierta competencia con) la FHC para asegurar una salida laboral. Apuntó luego a un problema esencial en la discusión sobre la estructura universitaria que, a su entender, la creación de la FHC lejos de resolver había intensificado: “Hay que buscar las soluciones... no en una rivalidad entre las instituciones existentes, que buscarían de ese modo arrebatare... los escasísimos alumnos, profesores y recursos que existen, sino en la coordinación de dichos institutos.”⁴⁷

Por su parte, Massera había favorecido siempre la creación de una Facultad de Ciencias que formara “profesionales” en un sentido muy diferente al de las profesiones liberales predominantes entonces en la Universidad pero sin renunciar, como le parecía que había hecho la FHC, a ser reconocidos como “socialmente útiles” y “remunerados económicamente como corresponde”.⁴⁸ Para esto, sostenía, había que articular con el resto del sistema educativo y repensar la estructura de toda la institución, dos asuntos que resultaron imposibles de resolver para quienes ocuparon cargos de poder en la Udelar en esos años (estuvieron planteados en el debate del “Plan Maggiolo” y en gran medida se mantienen abiertos en la actualidad).⁴⁹ Sirvan esos deslindes de la posición de Massera y ese señalamiento de los frenos internos de la reforma universitaria de los sesenta para matizar también la idea de que sólo los procesos de polarización política (particularmente el autoritarismo) explican lo sucedido en la Universidad en la década siguiente.

Intelectual comunista

Este breve repaso de la trayectoria de José Luis Massera buscó mostrar su desarrollo como una figura de referencia sobre los temas de la educación superior, la investigación científica y el papel social de los intelectuales, primero dentro del PCU, y luego para amplios sectores de la izquierda en Uruguay. Este reconocimiento se construyó, como vimos, en el doble carril de la academia y la política. Con menos de treinta años, Massera fue pionero de los estudios matemáticos en el país y fundador de una escuela

⁴⁵ Ver M. Blanca París de Oddone, *La Universidad de la República de la crisis a la intervención, 1958-1973*, Montevideo, Universidad de la República, 2011, y V. Markarian, “Apogeo y crisis del reformismo universitario: Algunos debates en torno al plan Maggiolo en la UDELAR”, en *Pensamiento Universitario*, n° 14, Buenos Aires, octubre de 2011.

⁴⁶ Ver por ejemplo las declaraciones de Jorge Lewowicz citadas en M. Bruno y N. Duffau, op. cit., p. 189, y R. Markarian, “Las ecuaciones diferenciales están de duelo”, en *Brecha*, Montevideo, 20 de de setiembre de 2002.

⁴⁷ J. L. Massera, “Algunas consideraciones sobre reestructuración de la Universidad”, Repartido de la Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad de la República, Montevideo, 4 de junio de 1958, en AGU, Archivo Laguardia, Caja 48.

⁴⁸ J. L. Massera, “Disertación en la Asociación Uruguaya para el Progreso de la Ciencia”, Montevideo, 18 de noviembre de 1947, AGU, Archivo Laguardia, Caja 52.

⁴⁹ Por las discusiones del “Plan Maggiolo”, ver V. Markarian, “Apogeo y crisis del reformismo universitario: Algunos debates en torno al plan Maggiolo en la UDELAR”, op. cit.

la sólida de esa disciplina en un medio casi sin tradición científica. En 1947 y 1948, a poco de pasar los treinta y ya miembro del Comité Nacional del PCU, viajó a Estados Unidos con una beca de la Fundación Rockefeller que le permitió conocer a los matemáticos más destacados de la época y familiarizarse con algunas de las instituciones científicas más reconocidas a nivel mundial. En esa misma etapa publicó algunos de sus trabajos matemáticos más importantes en revistas académicas de Estados Unidos.

Hacia mediados de siglo, mientras continuaba una exitosa carrera académica desde Uruguay, Massera tuvo un papel clave en la destitución de parte de la vieja dirigencia comunista y el inicio de un proceso de renovación de la estrategia y forma de funcionamiento del PCU. Se ocupó en esa etapa (y por largos años) de conducir las actividades de lucha “por la paz”, centrales a la política exterior soviética del momento, y de planificar y supervisar las tareas de educación partidaria, de capital importancia a medida que se empezó a captar a cientos y miles de nuevos militantes. En esa doble función, y siempre en acuerdo con el secretario general Rodney Arismendi, puso los temas relativos al papel de los intelectuales en el proceso revolucionario como eje de sus preocupaciones, revirtiendo la anterior posición anti-intelectualista del PCU para considerarlos aliados claves del proletariado en esa etapa de “acumulación de fuerzas” de la revolución en Uruguay. Por otro lado, se fue afianzando en esos años la imagen de Massera como “un sabio”, que a un tiempo se nutría de y reforzaba la valoración de los intelectuales que caracterizó a los comunistas uruguayos en todo este período (y que podía, dicho sea de paso, trazar sus orígenes en el leninismo).

Lo interesante del caso de Massera es que las raíces del sistema de prestigio intelectual que cimentó su reconocimiento partidario, primero, y su reputación en la izquierda en sentido amplio, posteriormente, no tenían ningún punto de contacto relevante con las redes y canales del mundo cultural comunista. Puede argumentarse, como señalamos al principio de este texto, que las características de la disciplina que practicaba hacían innecesarios o fútiles esos contactos de base ideológica y política. Pero digamos más: a pesar de dedicarse a una rama de las matemáticas con antecedentes en Rusia y continuadores en la Unión Soviética, sus colaboraciones con los colegas de ese y otros países socialistas no fueron definitorias en su carrera. Su principal guía en esta materia fue siempre la excelencia académica. Esa brújula lo llevó tempranamente a Estados Unidos para dirigirlo después, en combinación con sus preocupaciones por el desarrollo de la ciencia en países dependientes, a quedarse en Uruguay y relacionarse con matemáticos de la región para fortalecer la investigación y la enseñanza de la disciplina. Esas decisiones, junto con su innegable talento, posibilitaron la creación y consolidación de una escuela matemática potente en un país casi sin tradición científica. Se unió para ello con otros destacados universitarios de la época: con Laguardia en la fundación del Instituto de Matemática y Estadística, con Ricaldoni y Maggiolo para la renovación de la Facultad de Ingeniería, con ellos tres y muchos más en la Asociación Uruguaya para el Progreso de la Ciencia.

En base a esas articulaciones Massera se integró al grupo de universitarios que intentó actualizar la Universidad de la República en los años cuarenta, cincuenta y sesenta del siglo pasado y que, sin demasiadas prevenciones, podemos llamar “generación reformista”. A mediados del siglo pasado, como mencionamos, el término “reformismo” aludía, en la interna universitaria, a la inspiración del movimiento, fundamentalmente estudiantil, iniciado en Córdoba en 1918 y con hondas repercusiones en el resto del continente. Era común que muchos participantes en los órganos de cogobierno de la Udelar, sobre todo los docentes, mencionaran esa inspiración para dar densidad histórica a sus reclamos de cambios en la institución en el sentido de incrementar sus acciones sociales, democratizar sus modos de funcionamiento y aumentar su autonomía del poder político, temas que en Uruguay tenían una más larga tradición, como han señalado Mark Van Aken y Juan Oddone y Blanca París, y que la Ley Orgánica de 1958 habilitaba sin restricciones.⁵⁰ Aunque todavía hace falta más elaboración de este punto, aquí se trató de demostrar que una parte importante de ese conjunto de universitarios, que fue ocupando cada vez más posiciones de poder en los tres lustros anteriores al golpe de Estado de 1973, tuvo en común, además, una preocupación acuciante por la estructura académica y por el lugar de la investigación entre las funciones de la Udelar. Por encima de sus orígenes sociales, posiciones políticas y formaciones específicas, es posible identificarlos como “generación reformista”, entonces, porque en esas décadas impulsaron varias iniciativas comunes que apuntaban a romper con la orientación profesionalista de la Universidad y con su hasta entonces predominante papel de formadora de los cuadros dirigentes de la sociedad. Por supuesto que este impulso transformador estaba inmerso en un ambiente regional y global de discusión sobre los objetivos y modos de organización de los sistemas de educación superior, desafiados en todas partes por los propios avances del conocimiento científico, el cambio de relaciones con el poder político y la masificación del acceso a esos niveles de enseñanza.

En ese contexto, la “generación reformista” uruguaya tuvo también sus discrepancias internas, con inevitables correlatos políticos. Además de algunos clivajes generacionales que también es preciso estudiar en más detalle, hubo allí, en deslindes difíciles entre la academia y la militancia (y en fluctuantes alianzas), afiliados a diversas versiones del desarrollismo y las teorías de la modernización (muchos de ellos convocados a trabajar en proyectos del gobierno en esos años), adherentes a un nacionalismo proteccionista de raíces en sectores progresistas del Partido Colorado, filósofos de viejo cuño cercanos al modelo del intelectual decimonónico, dirigentes estudiantiles de diversas filaciones izquierdistas y, como dijimos, muchos comunistas activos. En otro trabajo, llamé la atención sobre algunos de estos encuentros al señalar que en el Seminario de Estructuras Universitarias que organizara Darcy Ribeiro en 1967, importante insumo del men-

⁵⁰ Ver Mark Van Aken, *Los militantes: Una historia del movimiento estudiantil uruguayo*, Montevideo, Fundación de Cultura Universitaria, 1990, y Juan Oddone y M. Blanca París, *La Universidad uruguaya del militarismo a la crisis*, Montevideo, Universidad de la República, 1971.



tado Plan Maggiolo, participaban dos de los líderes estudiantiles que luego integraron el Comité de Huelga de las grandes movilizaciones de 1968, uno por el ala comunista y otro por la nueva mayoría que favorecía prácticas más confrontacionales.⁵¹ De hecho, las páginas anteriores han tratado de postular que las opiniones de Massera sobre política científica se volvieron relevantes gracias a ese conjunto de asociaciones dinámicas en torno a la necesidad de promover una transformación profunda de la Udelar. A su vez, tal relevancia de uno de sus principales dirigentes permitió a los comunistas universitarios participar de lleno en un debate que consideraban importante y que les permitía articular sus posiciones con los lineamientos políticos más generales sobre el papel de los intelectuales en el proceso revolucionario.

Mirado ahora desde la interna de la izquierda, es claro que tal participación contribuyó a reafirmar escisiones que nacían de diferentes concepciones sobre cómo promover cambios sociales radicales. En este debate, como he señalado en otros textos, el tema de la violencia era sólo una parte y las argumentaciones solían tocar asuntos tan diversos como la importancia de las universidades en esa coyuntura histórica.⁵² Esto permite entender mejor algunas particularidades del PCU en el contexto latinoamericano, especialmente su capacidad para seguir creciendo en medio de los procesos de radicalización que alimentaron explosivamente a los grupos y partidos que apostaban por la acción directa o la lucha armada y que disputaban por izquierda con su capacidad de reclutamiento. El desempeño de los comunistas en las discusiones de la Universidad ayuda a comprender también las múltiples convergencias que culminaron en la creación del Frente Amplio entre la mayor parte de los grupos de izquierda y sectores progresistas de los partidos tradicionales.

En ese contexto social y político más general, el análisis de la trayectoria de Massera aporta diversidad a nuestra comprensión de qué podía querer decir ser "intelectual" y "comunista" en tiempos de Guerra Fría. En muchos casos, a no dudarlo, esto significaba aprovechar públicos locales y redes internacionales, apoyar causas de dudosas virtudes, someterse a directivas ideológicas, callarse ciertas opiniones o poner la creatividad y la inteligencia al servicio de objetivos que se creían por encima de toda sospecha y posibilidad de crítica. En el caso de Massera, como en el de tantos otros, sin negar sus silencios o cegueras frente al admirado "socialismo real", es claro que lo medular de su recorrido apunta a un esfuerzo de convergencia y coherencia entre sus dos pasiones: la ciencia y la política. Sin ánimo de simplificar demasiado, pero sin ocultar tampoco la admiración que despierta una vida tan rica en desafíos y realizaciones, quizás lo mejor sea terminar con su propia explicación al repasar, desde la vejez, las décadas pasadas:

Desde la más temprana juventud, he tratado de articular dos aspectos que a menudo se consideran incompatibles, cuando no antagónicos. Por un lado, el estudio de conceptos científicos, a veces muy generales y abstractos, de modo que ellos

resulten aplicables, debido a su propia generalidad, a vastas zonas de conocimientos. Por otra parte, siempre me sentí moralmente comprometido a tomar parte en muchos de los sucesos que en el siglo XX han conmovido con tanta hondura a las sociedades humanas de diversas geografías, las sometían a dolorosas pruebas o, a veces, las llevaban a conquistar importantes avances de bienestar o justicia social. Por mucho que ese compromiso estuviera sujeto a inevitables limitaciones y errores, nunca pude concebir mi existencia egoístamente ajena a estos sufrimientos y alegrías y rehuir mi aporte personal a lo que creía más acorde con la verdad y la justicia.⁵³

⁵¹ Ver Markarian, "Apogeo y crisis del reformismo universitario. Algunos debates en torno al plan Maggiolo en la UDELAR", *op. cit.*

⁵² Ver por ejemplo Markarian, *EL 68 uruguayo*, *op. cit.*

⁵³ J. L. Massera al recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Puebla, México, 1985, AGU, Archivo Massera, Caja 6.